

EL ENTREMETIDO
Y LA DUEÑA Y EL SOPLON^(a).

DISCURSO DEL CHILINDRON LEGITIMO DEL ENFADO, AHORA DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, CABALLERO DE LA ORDEN DE SANTIAGO; Y LIMPIO DE MANCHAS DE TRASLADOS Y DESCUIDOS DE IMPRESORES, Y AÑADIDAS MUCHAS COSAS QUE FALTABAN.

DELANTAL DEL LIBRO,

Y SÉASE PRÓLOGO, Ó PROEMIO QUIEN QUISIERE.

Estos primeros renglones, que suelen, como alabarderos de los discursos, ir delante haciendo lugar con sus letores al hombro, pios, cándidos, benévolos ó benignos, aquí descansan deste trabajo, y dejan de ser lacayos de molde y remudan el apellido, que por lo ménos es limpieza. Y á Dios y á ventura, sea vuesa merced quien fuere, que soy el primer prólogo sin tú y bien criado

(a) Opúsculo enigmático y figurativo, como le llamó su autor (i). Más que satírico-moral, es de profunda filosofía política. Nació del hermoso libro de la *Política de Dios y gobierno de Cristo*, y sugirió á Quevedo el pensamiento de escribir la *Vida de Marco Bruto*. Tiene pues con ambas obras íntimo parentesco, y podría considerarse como el engaste de ambas.

Retrata el estado moral y político de España, consolidado ya el gobierno de Felipe IV: Fué escrito en 1627.

Se dió á la estampa en Gerona en 1628, rotulándose: *Discurso de todos los diablos, ó infierno enmendado*. Fray Ramon Roviroll suscribió la censura, elogió la importancia del discurso; y aun cuando receló que álguien pudiera escandalizarse, dejó correr el título. Reimprimióse en Valencia por el mes de setiembre de 1629.

Volvióse á imprimir en Zaragoza por noviembre del mismo año de 1629, autorizado con la aprobacion del doctor Virto de Vera. Hé aquí la portada de este ejemplar, distinta de la del de Gerona y Valencia: *El peor escondrijo de la muerte. Discurso de todos los dañados y malos. Para que unos no lo sean, y otros lo dejen de ser*. El epigrafe interior: *Discurso de todos los diablos, y se repite en cada plana, añadiendo: ó infierno enmendado*.

El impresor del reino de Navarra, Carlos de Labáyen, tuvo esta edicion de Zaragoza presente, y la reprodujo con exactitud en 1631, junto con los demas escritos del Juvenal español, deseoso de que apareciesen tales como salieron de aquella saladisima pluma, sin las enmiendas, retoques y alteraciones de una censura no siempre sabia y desapasionada.

Quiso, en el verano de 1629, sacar á luz el señor de la Torre de Juan Abad una coleccion de sus rasgos satírico-morales (bajo el nombre de *Juquetes de la niñez y travesuras del ingenio*), y entre ellos el presente discurso. Pasó á la censura el ejemplar de Gerona, y cupo examinarlo al padre maestro fray Diego Niseno, provincial del monasterio de San Basilio de Madrid. El religioso, nada afecto á Don Francisco, aprovechó tan favorable coyuntura para satisfacer su enemiga (ii). Juzgó con saña el tratado, lo calificó de libelo sedicioso, escandaloso é inmoral; lo llamó relaciones entremesadas en lengua vulgar y civil estilo; y presentó á su autor por hombre desalmado, que torpe lisonjea y atrevido satiriza. En fin, duramente condenó el título, calamidad inseparable de todas las obras de tan desenfadado ingenio. Capitulada así la presente, hubo que revisarla, rehacerla y retocarla, comenzando por darle nombre nuevo, propio en verdad y oportuno sobremanera.

Llamóse *El Entremetido y la Dueña y el Soplon: discurso del chilindron legitimo del enfado*; en el cual desapareció cuanto podia ofender á oídos piadosos y causar desabrimiento á próceres y ministros, eliminándose ademas los lugares de la Sagrada Escritura, que si hacian al ánimo y objeto del filósofo, no tenían entrada en el argumento festivo del discurso. Cuando con tanta escrupulosidad se expurgaba así el texto, la censura no puso reparo ninguno á frases y pensamientos que sacan los colores al rostro. De este modo pues se permitió la impresion en Madrid en el verano de 1629.

En esta primera coleccion de los *Juquetes* incluyó QUEVEDO, entre las cartas del *Caballero de la Tenaza* y el *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, una obrilla que intituló *La Caldera de Pedro Gotero*, refundida muy pronto en *El Entremetido y la Dueña y el Soplon*. Cuándo, no he podido averiguarlo; pero hablando de la *Caldera* y del *Entremetido* como de cosas distintas los autores del *Tribunal de la justa venganza*, no pudo ser la refundicion anterior al año de 1635 (iii).

Adoptamos por texto el autorizado de los *Juquetes de la niñez*, con presencia de la reimpression de Barcelona, 1635. Cotejándola con la de Valencia de 1629 y con la de Carlos Labáyen (Pamplona, 1631), sacamos al pié y en su lugar oportuno las supresiones y variantes.

(i) Así lo afirma el padre Niseno en censura que nunca se ha impreso.

(ii) Poseo original la censura del padre Niseno, y la considero como piedra fundamental de la guerra que estalló entre QUEVEDO, Niseno y Montalvan, en la que tocó al último la *Perinola*, algunas cuchilladas al segundo, y al primero los insultos del *Tribunal de la justa venganza*.

En este libro está incrustada textualmente, con perifrasis y comentario, la censura del padre Provincial.

(iii) Pág. 228 y 230.—No debe alucinarnos la aprobacion del padre fray Diego del Campo, suscrita en San Felipe de Madrid á 23 de agosto de 1629, tal como aparece en la edicion de Barcelona de 1635. Allí se lee: *El Entremetido y la Dueña, con la Caldera de Pedro Gotero*; lo que parece suponer que ya estaban juntos en 1629 ambos tratados. Sin embargo, todos se ven trastrocados, y no hay noticia de la *Caldera*, en la misma aprobacion, tal como la imprimió la edicion de Sevilla de 1641. Los impresores variaban pues el catálogo inluso en esta censura, segun las novedades que introducian en el libro.

que se ha visto, ó lea, ó oiga leer. Este (1) es el discurso del *Entremetido y la Dueña*: si le pareciere que son una propia cosa, sea en buen hora; que ya sabemos que no hay entremetimiento sin dueña ni dueña sin entremetimiento. Ni se detenga vuesa merced en examinar qué género de animal es la triste figura de los estrados; y avergüéncese, pues en cosa tan menuda se atollan tan reverendas hopalandas y un grado tan iluminado y una barba tan rasa (a). Esta es de mis obras la quinta demonia (b), como la quinta esencia. No se escandalice del título; créame y hártese (2) de dueña vuesa merced, que podría ser diligencia para (3) excusarla. Si le espantare, conjúrela y no la lea ni la dé á los diablos; que suya es. Si le fueren de entretenimiento, buen provecho le hagan; que aquel sabe medicina que de los venenos hace remedios; y agradézcame vuesa merced que por mí le enseñan (4) las dueñas, que chian y tientan. Si vuesa merced fuese murmurador, sería otro tanto oro que á puras contradicciones y advertencias me daría á conocer, y no ha de haber Zoilo, ni envidia, ni mordaz, ni maldiciente, que son el Sodoma y Gomorra, Datan y Aviron de la paulina de los autores. Y si fuere título quien leyere estos renglones, tráguese la merced, y haga cuenta que topó con un señor de lugares por madurar, ó con un hermano segundo que no pide prestado; que suelen rapar á navaja las señorías.

CHISTE A LOS BELLACOS PICAROS CON QUIEN HABLO.

Tacaños, bergantes, embusteros, perversos y abominables, todo lo escrito en este discurso habla con vuestras vidas, muertes, costumbres y memorias: no hay que repujar nada hácia los buenos. Lo que han de hacer es no tomarlo ninguno por sí, sino unos por otros; y con esto ellos quedarán por quien son, y mi libro será bienquisto de los propios que abrasa y persigue; y porque no me antuvie alguno, tomo por mí lo que me toca, que no es poco ni bueno. Dios los confunda, si perseveran.

(1) tratado es de todos los diablos; su título *El infierno enmendado*. No se canse vuesa merced en averiguar lo uno ni en disputar lo otro; que ya oigo á los pelmazos graduados el no puede ser, que enmendarse *sumitur in bonam partem*, y el infierno... *ergo remitto* la solución á Lucifer, que él dará cuenta de sí, pues en cosa tan menuda se atollan etc. (Edic. de Valencia, 1629, y de Pamplona, 1651. — En la censura MS. del padre Niseno se lee *absolucion* y no *solucion*.)

(a) Léese con motivo de este período, en la censura manuscrita del padre Niseno: «El prólogo, que llama (Quevedo) delantal del libro, habla con menosprecio indecente de los doctores y sabios que califican las proposiciones arrojadas y licenciosas, escarneciéndolos porque las califican. Debe de ser sentimiento de las que le condenaron en otro librito semejante á este, que intituló: *Política de Dios y tiranía de Satanás*.»

(b) Alguno ha interpretado esta frase expresiva de ser el presente opúsculo el quinto de los *Sueños*. Si el sentido literal no desvaneciese tal aprensión, hasta recordar que el mismo Quevedo lo colocó aparte en los *Juguetes de la niñez*, intercalando entre él y los *Sueños* otras obras críticas y festivas.

(2) del infierno vuesa merced (Edic. de Valencia y Pamplona.)

(3) excusarla. Si le espantare, conjúrela y no la lea, ni le dé á los diablos; que suya es. (Id.)

(4) los demonios que á todos tientan. (Id.)

Y LA DUEÑA Y EL SOPLON.

SOLTARONSE en (1) la caldera de (2) Pero Gotero un soplon, una dueña y un entremetido, chilindron legítimo del embuste; y con ser la casa de suyo confusa, revuelta y desesperada y donde *nullus est ordo*, los demonios no se conocían ni se podían averiguar consigo mismos: los (3) malditos se daban otra vez á los diablos; no había cosa con cosa, todo ardía de chismes, los unos se metían en las penas de los otros. Mirad quién son entremetidos, dueñas y soplon, que pudieron añadir tormento á los condenados, malicia á los diablos y confusion al infierno. (4) Pluton daba gritos, y andaba por todas partes pidiendo minutas y juntando cartapeles. Todo estaba mezclado, unos andaban tras otros, nadie atendía á su oficio, todos atónitos. El soplon le dijo que había muchos diablos que no salían al mundo y se estaban mano sobre mano, y que otros no habían vuelto mucho tiempo había. La dueña por otra parte andaba con un manto de hollín y unas tocas de ceniza, de oreja en oreja, metiendo cizaña. Decía que mirase por sí Pluton (a), que había conjura para quitarle el diablazgo, y que entraban en ella dos tiranos, tres aduladores, médicos y letrados, (5) y mitad y mitad, y casi un ermitaño. No le quedó color al gran demonio cuando oyó decir el casi ermitaño. Parecióme á mí que lo daba todo por perdido. Calló un rato, y luego dijo: «¿Ermitaño, letrados, médicos, tiranos? ¡qué confecion para reventar una resma de infiernos con una onza!» En esto que iba á visitar su reino, vió venir á sí el Entremetido. «Esto me faltaba, dijo. ¿Qué quieres contra mí?» Y empezó á mosquearse dél con toda su persona; mas él venía vaciándose de palabras y chorreando embustes. Díjole muy allá de lo que algunos trataban de huirse del infierno, y que otros querían dar puerta franca para que entrasen unos mohatrereros y hipócritas, con que el mundo estaba rogando á los demonios, y otras cosas, que si no se huye por no le sufrir, lo anega en embelecós y en cláusulas. El, viendo el alboroto forastero de su imperio, y advertido destos peligros, con su guarda y acompañamiento (que le sobran tudescos y alemanes

para ella despues que Lutero y Calvino ladraron las almas de los ultramontanos) empezó la visita de todas sus mazmorras, para reconocer prisiones, presos y ministros. Iba delante el Soplon haciendo aire, que atizaba y encendía sin alumbrar. La Dueña en zancos de fuego (6) se seguía, atisbando (como dicen los pícaros) todo lo que pasaba. El Entremetido, mirando á todas partes, no dejaba ánima sin gesto y reverencia. A cuál decía: «Béseos las manos.» A cuál: «¿Es menester algo?» (7) Voseábase con los precitos, llamábase de tú con los verdugos y los dañados; á cada cortesía de las suyas decían: Oxe, más recio que á la llamarada. Más quiero fuego, decía una, otra le llamaba *añadidura á las penas*, otra *sobre hueso del castigo*. Estaba un testigo falso entre infinita caterva dellos, en lugar más preeminente que todos, hecho maestro de falsos testimonios como de capilla. Llevábales el dicho como el compas, y todos juraban á un son. Tenían los ojos en las faltriqueras, mirando lo que no veían, y en la cara por ojos dos bolsas de fuego. Y así como vió al Entremetido, dijo el maestro: «Por no verte me vine al infierno; y si advirtiera en que este había de venir acá, fuera bueno, no por salvarme, sino por ir donde no podía entrar.» En esto estábamos, cuando oímos gran tumulto de voces, armas, golpes y llantos mezclados con injurias y quejas. Tirábase unos á otros por falta de lanzas los miembros ardiendo, arrojábanse á sí mismos encendidos los cuerpos, y se fulminaban con las propias personas. No se puede representar tan rigurosa batalla. Uno andaba disparándose á todos; parecía emperador: la cabeza tenía coronada de laurel, el cuerpo lleno de heridas, el cuello lleno de sangre. Estaba cercado de (8) senadores, que con almaradas afiladas (9) mal se defendían de su rabiosa furia y cruel enojo. Llegó á él Pluton, y dando un trueno que hizo temblar todo el infierno, le dijo: «¿Quién eres, alma, aun aquí presumida?» «Yo soy (le respondió) el gran Julio César, y despues que se desbarató y mezcló tu reino, di con Bruto y Casio, los que me mataron á puñaladas con pretexto de la libertad, siendo persuasión de la envidia y cudicia propia destos perros, el uno hijo y el otro confidente. No aborrecieron estos infames el imperio, sino el emperador. Matáronme porque fundé la monarquía; no la derribaron, ántes apresuradamente ellos instituyeron la sucesion della. Mayor delito fué quitarme á mí la vida que quitar yo el dominio á los (10) senadores, pues yo quedé emperador y ellos

(1) el infierno un soplon (Edic. de Valencia y Pamplona.)

(2) Perobotello (Edic. de Barcelona.)

(3) condenados se daban (Edic. de Valenc. y Pamp.)

(4) Lucifer daba (Id.)

(a) En vez de las palabras *Lucifer* y *Satanas* sustituyó QUEVEDO en 1629 *Pluton*, como constantemente se ve en el texto. En este pasaje advirtió la censura que «Satanas no es nombre particular de Lucifer, sino común á hombres y á demonios: quiere decir, el que contradice. Y aunque en nuestro vulgar está recibido llamar así á todo demonio, nótese para que se vea que erró este autor en todo». Lo mismo reprodujo el padre Niseno en el *Tribunal de la justa venganza*, páginas 167 y 188.

(5) y mitad y mitad (Edic. de Valencia). — mitad y mitad. No le quedó color al gran demonio cuando tal oyó decir: parecióme á mí que lo daba todo (La de Barcelona.)

(6) le seguía (Edic. de Valenc.)

(7) Voseábase (Edic. de Valenc. y Pamp.)

(8) consejeros que (Id.)

(9) en leyes (Id.)

(10) letrados, pues (Id.)

traidores; yo fui adorado del pueblo en muriendo, y ellos fueron justiciados en matándome. Perros (decía la grande alma de Julio César), ¿estaba mejor el gobierno en muchos senadores que lo supieron perder, que en un capitán que lo mereció ganar? ¿Es más digno de corona quien preside en la calumnia y es docto en la acusación, que el soldado, gloria de su patria y miedo de los enemigos? Es más digno de imperio el que sabe leyes, que el que las defiende? Este mereca hacellas, y los otros estudiallas. ¿Libertad es obedecer la discordia de muchos, y servidumbre atender al dominio de uno? ¿A muchas codicias y ambiciones juntas llamas padres, y al valor de uno tiranía? ¿Cuánta más gloria será al pueblo romano haber tenido un hijo que la hizo señora del mundo, que unos padres que la hicieron con guerras civiles madrastra de sus hijos! Malditos, mirad cuál era el gobierno de los senadores, que habiendo gustado el pueblo (1) de la monarquía, quisieron antes Nerones, Tiberios, Calígulas y Eliogabalos que (2) senadores. En esto Bruto con voz turbada y rostro avergonzado dijo á gritos: «¡Ah senadores! ¿no oís á César? ¿Esa maldad añadís á las otras contra el Príncipe, siendo autores de la maldad: culpar á quien os creyó? Hablad, responded (3); con vosotros habla el divino Julio. Tales sois, que yo y Casio fuimos traidores porque os creímos (4). Y si en las repúblicas multiplicando dominios ejercistes la soberanía, la codicia de repetir la primera dignidad os (5) hizo negociar (6) y no regir, ó la consideración de la suerte alternativa os amedrentó, para disgustar al que pudo tener alguno capaz del mismo puesto por pariente ó amigo. (7) ¿Qué pretendistes con vuestro engaño (8) ó nuestra traición? Responded á César; que nosotros padecemos castigo en vuestras afrentas.» Uno de los senadores (9) con sobrecejo severo, muy ponderado de facciones, con voz desmayada y trémula dijo: «¿Qué habláis los príncipes, si Ptolomeo rey mató vilmente al gran Pompeyo por tu causa, á quien debía el reino que tenía? Qué delito fué en los senadores matarte á tí para cobrar los reinos que nos arrebataste? ¿Desquitar á Pompeyo es maldad? Júzguenlo los diablos. Achillas mató al Magno por mandado de su rey, y era un bergante que comía de sus delitos. Más infame fuiste tú, que viendo la cabeza de Pompeyo lloraste; más traidor fué tu llanto que su espada; sentimiento mandado fué el tuyo; de la piedad hiciste venganza; más atroz fuiste mirándole muerto que venciéndole vivo: ojos hipócritas no han de estar en la primera cabeza del mundo: nosotros empezamos la restauración con tu muerte; no apresuramos la venida de Nerón; el pueblo no supo escoger. Tal fuiste, tirano, que de tu sangre salieron, como de imperio hidra, de una cabeza cortada doce.» Tornáranse á embes-

- (1) de la invención de la monarquía (Edic. de Valenc. y Pamp.)
 (2) leyes y (Id.)
 (3) consejeros, (Id.)
 (4) ignorando que vosotros siempre anheláis á que vuestro ceño y vuestras barbas y lo prolijo de vuestras togas tengáis la obediencia y el mando, y el príncipe el peligro. Si en las repúblicas (Id.)
 (5) hace... amedrenta... al que puede (Id.)
 (6) con las leyes (Id.)
 (7) Si asistís á príncipe, de tal manera empujáis vuestro oficio, y tanto autorizáis vuestra vanidad, que le viene á ser más peligroso al monarca no obedeceros, que al vasallo no obedecer al monarca. (Id.)
 (8) y vuestra traición? (Id.)
 (9) que sepultado en acusas enfadaba las penas, (Id.)

tir si Lucifer no mandara con amenazas que César se fuera á padecer los castigos de su confianza, despreñadora de avisos y advertencias, y á Bruto y Casio envió á que fuesen escándalo de las almas políticas, y á los senadores repartió entre Mínos y Radamanto (10). Y nombrando infinitos buenos consejeros en todos tiempos, los atormentaban, y cada letra de sus nombres era un tizon para aquellos malditos senadores (11). Cuando entendieron que todo estaba acabado, asomaron por un cerro unos hombres corriendo tras unas mujeres; ellas gritaban que las socorriesen, y ellos decían: «Ténganlas.» Mandólos Pluton asir. «¿Qué es esto?» preguntó; y uno de ellos, muy asustado, dijo: «Somos los padres sin hijos, y estas bellacas...» Dijo un diablo (12) que hablase más bien criado y verdad, que padres sin hijos no podía ser. El replicó: «Pues todos nosotros somos padres, que fuimos en el mundo casados, hombres de recato, de los de en mi casa me como, y otras hidalgas celosas, cartujos de alojamiento, atusados de visitas, calvos de amigas, que son todos los calzadores con que una frente calza el cuerno que le revienta en las sienas. Con esto nos echamos á dormir; cada año nos nacen hijos que criamos por sustentarlos rozamos nuestras almas, y á pura condenación arañamos qué dejarlos. Y ahora habiendo muerto ellas, se ha sabido que los hijos fueron concebidos á escote entre los criados y los amigos, y alguna concibieron como comadreas por el oído.» En esto salió un maridillo que parecía cabo de hombre como de hacha, muy cercenado de carnes, con unas barbas de orozuz mascado, la habla entre ladrido y anfonía (a), que parecía que había comido gozques, y dijo: «Voto á tal infame, que me has de desempadrar. Yo he sido ayo de hijo de mi negro; un real sobre otro me han de volver mi legítima. Y yo, que nunca entendí que hiciera la infame pecados (13) tintos, teniendo tanto mozuolo moscatel en que escoger, (14) le decía: Domingo, no entiendo á tu ama. Y él luego riéndose con una geta de un palmo, me respondía: Mi alma con la suya. Y esto sonaba alabanza, y era pulla.» «Bien mirado, bueno es, decía todos los padres gueros, que un hombre pasase su vida sufriendo una preñada, regalando una parida, tragando un niño, pagando un bautismo, sufriendo amas, oyendo taita, llorando de risa por las barbas abajo de que dijo coco, mama; y desto estamos corridos, que andábamos contando por las casas, mi hijo dijo hoy: putenor pare. ¡Hay tal cosa! Ha de ser grande hombre. Y vive Dios, que pareciéndose á bulto nuestros hijos á sus

(10) para que fuesen asesores de los demonios. (Ediciones de Valencia y Pamplona.)

(11) serpientes que, á imitación de Lucifer, dan á los codiciosos lo que Dios les vedó y la ley les niega; y dividió en chancillerías el infierno. (Id.)

(12) sumiller dellas (Id.)

(a) Debe sustituirse *infanta*, y se leería así en el original. El impresor formó de las dos primeras letras *ci* una *a*. De este instrumento músico, especie de zampoña, habla el arcipreste de Hita cuando pinta el recibimiento que tuvo don Amor:

*Dulcema et azabeba, el flechado alboron
 Ginfonía et baldosa en esta fiesta son.*

(13) tontos, teniendo (Edic. de Valenc. y Pamp.)

(14) y echaba la culpa á los frailes, de que estoy arrepentido. Y era que la bellaca, para encantársame, todos los días se iba al convento: decía que á confesar. Yo me volvía loco, y al mismo negro le decía: «Domingos, voto á N., que yo no sé dónde peca tu ama esto que confiesa cada día, ni con quién lo peca.» Y el negro, riéndose con una geta (Id.)

padres, nos decían las malditas: A fe que no niegué á su padre. Hijo de padre si lloraba, hijo de padre si reía. Y nosotros, la boca abierta y el moco tan largo, comprando babadores y dijes, y ahora nos hallamos en los infiernos condenados cuquillos. No ha de pasar así.» Fuéles mandado que se retirasen á padecer su credulidad; lleváronlos al Jarama del infierno.

Gran revolución se via en una sima muy honda de almas y diablos. Paróse la visita á entender lo que era; no se vió tal cosa jamás. Estaban atormentándose unos presumidos y otros vengativos y algunos envidiosos: «si yo volviera á nacer; si yo volviera á la vida; si muriera de dos veces.» Los demonios estaban tan enfadados de oírlo, que les decían: «Ladrones, embusteros, infames, que estáis quebrándonos las cabezas con si volviéades á nacer,—si volviéades á nacer mil veces, cada vez tornárades á morir peor, y á palos no os podrémos echar de aquí. Mas para que se vea quién sois, ya tenemos orden para que volváis á nacer. Ea, picaños, alto á nacer, alto á nacer.» Cosa extraña, que los malditos que tanto lo blasonaban, así como oyeron decir alto á nacerse consumieron, y afligidos y tristes se sepultaron en un silencio medroso. Uno de ellos, que parecía más entendido, con mucho espacio, suspenso de cejas empezó á decir: «Si me han de engendrar bastardo,—hay pecado y concierto y paga y alcahueta y tercera parte como casa. Si he de ser de legítimo matrimonio,—ha de haber casamentero y mentiras y dote, que son epítetos, y no dos cosas. Yo he de estar aposentado en unos riñones, y dellos, con más vergüenza que gusto, diciendo que se hagan allá á los orines, he de ir á ser vecino de la necesaria; nueve meses he de alimentarme del asco de los meses; y la regla, que es la fregona de las mujeres, que vacía sus inmundicias, será (1) mi dispensera; andaré sin saber lo que me hago; ántes de ver, lleno de antojos; para nacer traeré más dolores que el mal frances; saldré revuelto en la sábana de la posada, como quien da madrugón; lloraré porque nací, viviré sin saber qué es vida, empezaré á morir sin saber qué es muerte, envolveráme la comadre en mantillas, que me la jurarán de mortaja; enjugaré los pechos de un ama. Aquí entra lo de tener la leche en los labios; pónenme en una cuna; si lloro llaman el coco, si duermo me cantan

Con la grande polvareda (a).

La mú llaman al sueño las mujeres, y el mú al que se duerme; pónenme un babador, cuélganme dijes, nácenme los dientes. Voto á tal por no aguardar eso, y unas viruelas y el palomino muerto, y que no me rasque: ay el angelico, y á ro, ro, me esté en los infiernos siempre jamás. ¡Pues qué, si paso del sarampion, y ya mayor voy á la escuela en invierno, con un alambique por nariz, tomados todos los cabos del cuerpo con sañañones, dos por arracadas, uno á la ginetá en el pico de la nariz, dos convidados á comer y cenar en los zancajos, llamando señor al maestro; y si tardo me toman á cuestras, y como si el culo aprendiera algo ó le encomendaran la lición, le abren á azotes! Maldito sea quien tal quiere volver á nacer.

»Pues consideráos mancebos, acechados de la lujuria

(1) (como se dice) (Edic. de Barcelona, 1635.)

(a) Perdidos á don Beltrane.

Son estos dos versos del romance caballeresco de don Beltrán, que comienza:

Quando de Francia partimos.

de las mujeres en toda parte y sitiados de su apetito, haciendo vuestras vidas y vuestras almas alimento de su desorden. ¿Ahora habia yo de volver allá á calzar justo y andar mirándome á la sombra, trotando con los ojos las azuteas y los terrados, suspirando de noche, hecho mal agüero en competencia de las lechuzas, abrigando esquinas, recogiendo canales, adorando cabellos, y dando mi patrimonio por la cinta de un zapato, y llamar favor que me pidan lo que no tengo? ¡Oh maldito sea, sobre maldito, quien tal quiere volver á repasar! ¡Pues qué, ya hombre, cargado de cuidados entre arrepentimientos y desengaños, empezando á sentir el montón de las enfermedades que la mocedad acaudaló, haciendo el noviciado para viejo, mandando entresacar canas al barbero, que mejor se puede llamar canario, introduciendo en jordan la navaja, diciendo que son lunares y achacándose las á los trabajos, negando años á pesar de la jaqueca y dolor de muelas y ijada! ¡Pues qué se compara con haber de ser forzosamente hipócrita de miembros, y decir, cayéndome á pedazos: Nunca estuve para más; yo lo haré; aquí me las tengo; y otras cosas que cuestan caro á los que las dicen! Mas todo es burla con haber de estar enamorado y solicitar en competencia de los muchachos, retar á toda una mujer entera, y dejarla más amagada que harta, habiendo gastado la noche en achaches y en disculpas y en requiebros vacíos, y ser forzoso ponerme colorado de que me digan: Dias há que nos conocemos, amigo viejo;—y otras cosas así. Quien por esto pasare dos veces, puede echar á diablos con cuantos lo son. ¡Pues qué si la vida adrede porfia hasta que uno envejezca, y le labra de calavera, con calva de pié de cruz, cáscara de nuez por pellejo, jiba de requiem, muletilla que vaya llamando á las sepulturas, sueño en pié, vejiga empedrada, y el músico de braguero que se sigue luego, que canta pronósticos, astrólogo de orinal; espiado de herederos, rondado de responsables, heredad de médicos, ocupación de barberos y alegría de boticarios, llamándome tio los labradores, agüero lo muchachos! Infierno vale más una vez que barrigados. ¡Pues la gentecilla que hay en la vida y las costumbres! Para ser rico habeis de ser ladrón, y no como quiera, sino que hurteis para el que os ha de envidiar el hurto, para el que os ha de prender, para el que os ha de sentenciar y para que os quede á vos. Si quereis ser honrado, habeis de ser adulador y mentiroso y entremetido. Si quereis medrar, habeis de sufrir y ser infame. Si os quereis casar, habeis de ser cornudo. Si no lo quereis ser, lo seréis (si os descuidáis) sin parte, y donde se pudiere. Para ser valiente, habeis de ser traidor y borracho y blasfemo. Si sois pobre, nadie os conocerá; si sois rico, no conoceréis á nadie. Si uno vive poco, dicen que se malogra; si vive mucho, que no siente. Para ser bien quisto, habeis de ser mal hablado y pródigo. Si se confiesa cada día, es hipócrita; si no se confiesa, es hereje; si es alegre, dicen que es bufón; si triste, que es enfadado. Si es cortés le llaman zalamero y figura; si descortés, desvergonzado. ¡Válate el diablo por vida y por vivo! No volviera por donde vine por cuanto tiene el mundo (2). Renegados precitos, habiéndome

(2) renegados preceptos. Habíendome (Ediciones de Valencia, Pamplona, Barcelona y Madrid, 1643.)

—(Adoptamos la enmienda que introdujo la edición de Bruselas de 1660, y todas las posteriores han aceptado.)

dome oído, ¿hay alguno de vosotros que quiera volver al nacer por donde vino, y recular la vida hasta el vientre de su madre?» «Nones, nones, decían todos: infierno, y no mama; diablos, y no comadres.» Solo uno, mal encarado, barbinegro, cara salpicada y zurdo, dijo: «Yo quiero volver, no por tornar á vivir, sino porque me estoy atormentando aquí con la memoria de los pícaros y mentirosos y enredadores, que en la vida me contaban mentiras, y yo de puro cortés callaba, y ellos quedaban muy ufanos de que yo los había creído. Y voto á tal, que no creí á nadie nada, y piensan los bribones guñapos que los creí. Don Fulano, que me dijo muy estirado de cejas: Por la misericordia de Dios, señor mío, puedo decir que en mi vida he pedido nada á nadie;—y el ladrón decía verdad, porque pedía algo; que nada no se pide; y porque él no pedía, sino tomaba, era una demanda con don y tenía más deudas que Eva, y nadie le prestó dineros que no prestase paciencia, y era á puras trampas ratonera, y decía que no. Pues la muchacha que me dijo que era doncella, habiendo tenido más barrigas que un corro de pasteleros, y habiendo parido la proesión de las amas, y me quería hacer creer que era virgo (1), siendo ella cáncer y yo escorpión! Y el tenderete, vendiéndome fidalguía, más grave que mil quintales, y más causado que yo dél, me decía que todos los otros eran judíos, y sé yo que su padre se murió de asco de un torrezno, y que su merced anda de mala con la pascua de Resurrección, y que en los capiculares echa en remojo toda su casa porque no se le encienda (2); y voto á tal, que sé yo que guarda su dinero y la ley de Moisés. El dice que espera un hábito, yo digo que al Mesías. Pues el bellaco, pícaro, chancero, que con su á Dios gracias por empuñadura, muy entornado de ojos, con su cabeza torcida remedando su intención, me decía: «Yo, señor, me como tres mil ducados de renta limpios de polvo y paja, estos sin joyas y menaje y algún contantejo, y todo es de mis amigos; que á mí no me engorda sino lo que doy; que si hoy cobrase lo que me deben... mas al fin...» Y entre chillido y suspiro remata sacudiendo los huesos á manera de temblor. Pensó el mohatrero ganapan que yo lo entendí así; y otros mil infiernos padezca yo si cuando me lo estaba diciendo no me daban vuelcos de susto dos reales que tenía en la faltriguera, de miedo de sus embestiduras, y que me rezumaba de mientes por los ojos. Sé yo que si le prestan las espadas todas, no tendrán vuelta con decir que no hay ninguna sin ella, y aun el día de San Anton en su poder no tendrá vuelta lo que le dan: aunque sea viejo, nunca es traído, sino llevado. El no paga nada, mas todo lo pagará con las setenas. Vendióseme el picarillo muy acicalado de facciones, muy enjuto de talle, muy recoleto de traje, pisador de lengua, haciendo gambetas con las palabras y corvetas con las cejas, cara bulliciosa de gestos y misteriosa de ceño, por gran ministro, hombre severo, y de lo que llaman de adentro, plático de arriba. Decíame: «¿Qué hay de nuevo por este lugar? ¿por qué yo dijese: ¿Quién lo sabe como vuesa merced?» Y al punto muy esparrancado de ojos decía: «No hay

(1) diciendo era cáncer (*Ediciones de Valencia, Pamplona y Barcelona.*)

(2) y que clava una espina á diez pasos en un Eccc-Homo, y él piensa que se le pueden dar paternostres molidos; (*Ediciones de Valencia y Pamplona.*)

sino dejar correr, Dios lo remedie, que tal y cual, lo del camino carretero; si por sí, no por no;» y al decir ello dirá, ponía una boquita escarolada como le dé Dios la salud, y zurcía un embuste á la oreja cada día. «Harto estoy de decirlo; mi parecer dije, y con eso cumplo, lo demás Dios lo haga; pues esto no es nada; presto se verán grandes cosas.» Y hablaba unas palabras con la barriga á la boca de puro preñadas. Yo las oía en figura de comadre, y con tanto se despedía de mí, diciendo: «Si algo se ofreciere, amigos tenemos arriba; ya vuesa merced sabe qué sabe Caratullilla (3), matachin de palacio, titera de arriba como Caramanchel.» «Lo que yo sabía era que andabas remedando privanzas, y contrabaciendo validos, y copiando ministros, pasando á oscuras favores chañfones entre pretendientes y pleiteantes, imitando lisiones por lisonjear, y todo el año trasladando de los poderosos y validos ajes, barbas, meneos, tonillos, figuritas y escorzados, apareciéndote por las escaleras, entrándote en las audiencias, y siendo para todo el lugar fin de paulina.» Este tengo en los huesos; que no me le sacarán con unciones. Déjenme volver al mundo, andaréme tras este muñeco hecho de andrajos de toda vision, diciendo á gritos á los que se llegan á él: «Ox, que no pica; y no lo dejen por decir, que siendo condenado no he de ir á hacer tan buena obra á todos; que yo no lo hago sino por hacérsela muy mala á él y derrengalle la hipocresía.»

Entretenidos tuvo esta gente á todos. Estábase Pluton embobado oyéndolos. Vino el soplon, abanico del infierno, resuello de las culpas, y dijo á Pluton señalándosele: «Aquel demonio que allí va despedido acaba de llegar del mundo, y há veinte años que no ha venido.» Mandóle llamar; llegó muy congojado. «¿Cómo te has atrevido (le preguntó) á fallar de aquí tanto tiempo sin venir á dar cuenta, ni traer alma alguna ni avisar de nada, y diablo me soy? El diablo le dijo que no le reprendiese ántes de oírle; que quien condena no oyendo la parte, puede hacer justicia, mas no ser justo. «Oígame vuesa diablencia, decía. Señor, yo recibí en guarda un mercader: los diez años le estuve persuadiendo que hurtase, los otros diez que no restituyese.» Dióse Pluton una gran palmada en la frente, y dijo: «¿Miren qué traza de diablo esta! Ya no es el infierno lo que sôlia, y los demonios no valen sus orejas llenas de agua.» Y volviéndose al diablillo, le dijo: «Mentecato, con los mercaderes hase de gastar el tiempo, y ese muy poco, en persuadirles á que hurten; pero en hurtando, ellos se tienen cuidado de no restituir. Este es tonto y no sabe lo que se diabla.» Llamó un ministro, y dijo: «Lleva ese demonio, y ponle pupilo de algun mal juez, donde aprenda á condenar; que este se debe haber alquilado en los autos para diablo.»

Grande rumor y vocería se oyó algo apartada: parecía que se porfiaba entre muchos sin orden y con enojo. Estaban en diferentes corrillos; en algunos eran modestas las réplicas, en otros se mezclaban injurias y afrentas. Había quien, encendiendo la pasión, acompañaba con armas sus razones. Vianse golpes, heridas,

(3) de matachin (*Edic. de Barcelona.*)

—(Este Caratullilla sería al estilo de otro Mendocilla, bufón célebre y que hacía las coplas á los ciegos, que fué desterrado á cuarenta leguas de la corte en 8 de octubre de 1625, según se ve en los Avisos MSS. de la Biblioteca Nacional.)

y cuanto más se llegaba la visita, más de cerca se conocían los movimientos precipitados del enojo. Esto puso más cuidado en los pasos, mas no fué tan apresurado, que cuando llegamos ya la ira lo había mezclado todo, y sin orden se despedazaban unos á otros. Las personas eran diferentes en estado, mas todos gente preeminente y grande: emperadores y magistrados y capitanes generales. Suspendiólos la voz del príncipe de las tinieblas; volvieron todos á él, padeciendo tormento en no ejecutar unos el odio y otros la venganza. El primero que allí habló fué un hombre señalado con grandes heridas, y alzando la voz dijo: «Yo soy Clito.» «Más honrado soy, dijo otro que estaba á su lado, y he de hablar primero. Oye al emperador Alejandro, hijo de Dios, señor de los mundos, miedo de las gentes, magno y máximo, y no acabara de ensartar epítetos y blasones de su locura si no le dijera el fiscal que callase; que ya aquel papel le había representado en la vida, y que acabada la comedia del mundo era ya reo acusado. «Hable Clito;» y él, que tenía gana, despejando mal la risa de su sentimiento, dijo: «Yo, señor, fui privado deste emperador, que para ver cuán poco caso hacen los dioses de las monarquías de la tierra, hasta ver á quien se las dan. Hicieron á este maldito insensato, de quien la soberbia aprendió furoros, señor de todo, con título de rey de los reyes. Persuadióse que era hijo de Dios; á Júpiter Ammon llamaba padre, y por autorizarse con el sello de Júpiter se introdujo en testa de carnero y se rizó de cuernos, y no falta sino torearle en las monedas y llamarse Alejandro morueco. En balde porfiaban en él las pasiones naturales, tan doctas en desengañar la presunción humana: dióle lo que tuvo la fiereza, hizo grande la temeridad, creció del robo, no era capaz de advertencia. Presento por testigo al filósofo envasado, vecino de una tinaja, que le tuvo por bufon y se rió de verlo, y para la vuelta le dijo, estorbándole el sol que le calentaba: No me quites lo que no me puedes dar. Yo le serví en lo que me mandaba, y no me dió la privanza mi obediencia diligente, sino el entender él que yo sería partícipe de sus insultos, séquito de sus locuras y aumento de sus adulaciones. Yo (¡desdichado de mí!) quise tener lástima dél; atrevíme á ser leal al tirano (esto que no es nada), y viéndole desacreditar las cosas de su padre Filipo y desnacerse, con la lengua y las obras, de tan gran príncipe que le dió el sér, desengañábase de la divinidad. Traté de que descornase su descendencia; referíale los esclarecidos hechos y virtudes de su padre, entre muchos que adorándole con incienso, le decían que era hijo de Dios; y había adulador que le aseguraba de vista la generacion divina, y consejero que por línea recta de varon le hallaba mayorazgo del cielo y heredero forzoso del rayo y el trueno (a). Yo le hacia tales recuerdos de las cosas de su gran padre, que le de-

(a) QUEVEDO, que es muy alusivo en todas sus obras, debió sin duda en esta ocasion dirigir sus dardos al libro del granadino Diego Matute de Peñafiel Contreras, canónigo de Baza, que se intitula: *Prosapia de Christo*, impreso en esta ciudad en 1614, y dedicado al duque de Lerma. Tiene por apéndice *Un discurso y digresion de la segunda edad del mundo, de Sem hijo de Noé, Cham y Japhet, y origen de los linajes del mundo*; donde se ve el árbol genealógico del rey Felipe III y del duque su privado, tomada la descendencia *ab ovo*, nada ménos que desde Adán y Eva, pasando por Hércules hasta Tros rey de Troya, abuelo comun del monarca español y de su valido. En ciento veintitantas generaciones que el bueno del canónigo cuenta despues, con red barreada

cia: Poco le falta á esta descendencia para divina. Pues para ver quién fué este desatinado tirano y cuál su violencia, por testigo de su grandeza, por voz de las alabanzas de su padre, con sus propias manos me mató á puñaladas, mas él murió en la mesa y vivió en la guerra. Concertadme estas medidas. Su maestro, de quien no quiso aprender á vivir, enseñó con qué le matasen, y una uña de asno disimuló el veneno, y él se quedó cornudo, sin Dios, sin reino y sin vida. A mí me dió el fin que he dicho por lo que habeis oído, y á Abdolonymo, monda-pozos, estándolos mondando le hizo rey de Sionia, no por ensalzar la virtud, sino por mortificar con afrenta la soberbia de los nobles de Persia despues de la muerte de Darío. Topéme aquí con él, porque los privados que ha habido en el mundo nos juntamos á tomar satisfaccion de nuestros príncipes, y díjele que dónde había dejado lo de Dios, y que si estaba desengañado; y en razen desto nos asimos cuando llegaste. Matóme porque alabé á su padre. Mira lo que es delito digno de muerte en un tirano, siéndolo solo en el padro haberle engendrado. A Parmenion y Filotas, sus privados, tambien los mandó matar, aunque le adoraban y tenían por hijo de Júpiter. A Amyntas, su prima, y á su madrastra y hermano, y á Callisthenes, su privado, mandó matar. De suerte, oh Pluton, que el delito es ser privado, no ser malo ni bueno, y es como lo que pasa en la vida humana, que todos mueren de hombres, y no de enfermos; que ese es achaque.» «¿Ahora sabes, dijo Pluton, que la privanza es tropezon y todo príncipe zancadilla; que los tiranos lo aborrecen todo: á lo bueno porque no es malo, y á lo malo porque no es peor? ¿Qué privado han hecho que no le hayan precipitado? ¿Qué digo? Acuérdeseos de la emblema de la esponja: todos sois esponjas de los príncipes; déjan-os chupar hasta que estáis hinchados, y luego os exprimen y sacan el zumo para sí.» A estas razones se oyó grande alarido, y llegándose á Lucifer un hombre blanquecino, desangrado, viejo, y venerable y digno de respeto, dijo: «Parece que hablan conmigo esas razones de la esponja, por los muchos tesoros y riquezas que tuve. Yo soy Séneca, español, maestro y privado de Neron. Los desperdicios de su grandeza cargaron mi ánimo, no le llenaron. En recibir lo que me dió sin pretenderlo no fui codicioso, sino obediente. Quiere el príncipe en honras y haciendas mostrarse magnánimo, generoso y agradecido con un privado. Contradecir al príncipe tales demostraciones es desamor y atencion á la utilidad propia; pues rehusarlas es querer que el acto de virtud sea el suyo, y preferir la admiracion de la modestia y templanza del criado á la esclarecida generosidad del príncipe. Recibir el valido lo que el príncipe le da es querer que se vea su grandeza ántes que la virtud y humildad propia, y dar luz á la virtud del príncipe es el más reconocido vasallaje que puede darle un vasallo. Dióme Neron cuanto es decente á tal príncipe: el precio y mérito desto fué la enseñanza; permitia tantos bienes la demostracion de premio, no la presuncion de hacienda ni el desvanecimiento de patrimonio; no empezó el tesoro dar me conocimiento del séquito que tiene forzoso en la envi-

hace á todos los héroes fabulosos, capitanes y príncipes ilustres abuelos, por arte de birli birloque, de su merced, quien al fin aceptó la dedicatoria, aun cuando tan baja adulacion le sacó al primer golpe los colores al rostro.